

PROLONGACIONES / DERIVAS

# Vida y muerte en psicoanálisis

José Alejandro Willington

Partiremos en este trabajo de una cita de Jacques Lacan, que orientará nuestra lectura del complejo tema que el título plantea:

‘Nos estorba por ejemplo la idea de la vida. Es una idea así, es muy curioso que a pesar de todo Freud haya promovido el Eros, pero que no se haya atrevido a identificarlo con la idea de la vida, y que a pesar de todo haya distinguido la vida del cuerpo y la vida en tanto que portada por el cuerpo en el germen. A pesar del uso que hace Freud de ella, hay algo con lo que la vida no tiene nada que hacer, es lo que pasa como su antinomia, la muerte. Pensemos lo que pensemos la muerte es puramente imaginaria. Si no existiera el ‘cuerpo’, si no existiera el cadáver, ¿qué es lo que nos permitiría vincular la vida y la muerte?’.

Jacques Lacan[1]

El título de este número de *Virtualia*, aunque clásico, no deja por supuesto de ser de gran actualidad y complejidad. Por lo pronto, replica el de un notable ensayo de Jean Laplanche, “*Vie et mort en psychanalyse*”, del año 1970. A su vez, la cita de Lacan evoca una lectura de Freud que rápidamente podemos identificar con el marco conceptual introducido en su célebre texto “Más allá del principio del placer”. Puntualicemos algunas coordenadas fundamentales de dicho texto, sugeridas en la enigmática cita de Jacques Lacan. En principio, debemos subrayar una diferencia capital entre ambos autores; para Freud los distintos dualismos pulsionales (Eros y Tánatos, pulsiones de autoconservación y sexuales), que introdujo en diferentes momentos de su obra, constituyen pares antinómicos, y en esto Lacan diverge, la pulsión para el autor francés es impar, y en todo caso implica una estructura parcial y compleja, con los conocidos elementos que Freud le asigna en su texto “Pulsiones y destinos de pulsión” (*Drang* –empuje–, *Quelle* –fuente–, *Objekt* –objeto–, *Ziel* –meta–), y una estructura de borde respecto a la cual Lacan enfatiza también la relevancia de un trayecto, o incluso, una deriva.

Para Freud la idea de vida, a la que podemos arribar en psicoanálisis, podría muy bien apoyarse o concordar estrechamente con lo que la biología postulaba en su época:

... la biología nos muestra además la coexistencia codo a codo de dos concepciones de la relación entre el yo y la sexualidad, igualmente justificadas; según una, el individuo es lo esencial: la sexualidad se considera una de sus actividades, y la satisfacción sexual una de sus necesidades; según la otra concepción, el individuo es un apéndice

temporario y pasajero del plasma germinativo, casi inmortal, que le ha sido confiado para la generación.[2]

En cualquiera de los dos casos, hay una idea freudiana de la vida muy vinculada al concepto de conservación, sea del individuo o de la especie. Es más, la idea del Eros como su principio rector introduce esa función de unión, de ligazón: “El fin del Eros consiste en establecer unidades cada vez mayores, y por consiguiente conservar; es la ligazón”,[3] generalizada por Freud a partir de este amplio concepto. Lacan, por el contrario, ubicó a la vida como algo mucho más enigmático, oscuro (“el fenómeno de la vida permanece en su esencia completamente impenetrable, sigue escapándose más allá de lo que hagamos”, Lacan, 1955), casi como un estorbo, algo más bien difícil de soportar, tanto que la muerte no sería sino una defensa frente a eso imposible de soportar de la vida, sin la certeza del límite que la muerte introduce:

Me vi un poquitín obligado a hacer notar que, en lo tocante a la biología, el psicoanálisis no había aportado gran cosa, a pesar de que se llena la boca con las pulsiones de vida, y *te hago gluglú* las pulsiones de muerte. [...] ¡Ah! Hay que desconfiar de toda esa cháchara [*aplausos*]. Una pizca de seriedad. La muerte pertenece al dominio de la fe. Ustedes tienen mucha razón en creer que morirán, desde luego; eso los sostiene. Si no lo creyeran en eso, ¿acaso podrían soportar la vida que tienen? Si no estuviéramos sólidamente apoyados en esta certeza de que la cosa terminará, ¿acaso podrían soportar esta historia?[4]

Un par de años más adelante, en su Seminario 21 “Los no incautos yerran”, retomó esta idea, realizando algunas precisiones adicionales, por ejemplo, rompiendo la idea corriente de que la vida (humana) sería eso que tenemos de más natural, o ese reducto biológico, imaginado del cuerpo, inaccesible al lenguaje y a sus efectos. Nada de eso, una biología lacaniana debería comenzar por destituir ambos prejuicios:

... todo lo que comenzó a balbucearse en biología da la impresión de que la vida no tiene nada de natural, de que es una cosa loca; prueba de ello es que se le enchufó la lingüística. ¡Qué enormidad! Reservará sorpresas, esta vida, cuando se haya dejado de hablar como estorninos, o sea de imaginarse que la vida se opone a la muerte.[5]

La vida no se opone a la muerte, se trataría de otra cosa, podríamos decir que, en todo caso, es al revés, es la muerte la que se opone a la vida, como acto de fe, de anulación frente al empuje vital. Jean Laplanche, en el ensayo citado al comienzo, delineó de manera general una perspectiva freudiana de la vida que consueña con esta a la que arriba Lacan en el período final de su obra, y que implica una falla fundamental que la coloca más allá de cualquier biologismo, falla introducida en la misma por el agujero que la sexualidad humana comporta. Así:

... una génesis freudiana de la sexualidad a partir del orden vital [...] implica en realidad

que lo que está antes –digamos el orden vital– entraña lo que podría llamarse una imperfección fundamental en el ser humano, una verdadera dehiscencia. [...]. En ello radica todo el problema del “orden vital” en el hombre y en la posibilidad –o mejor dicho de la imposibilidad– de captarlo “más acá” de lo que ha venido a “recubrirlo”. [6]

Entonces, posibilidad imposible, captar ese orden vital más allá de los fenómenos en los que el psicoanálisis ha aprendido a leer la sexualidad en los “desfiladeros” de los significantes que traman el inconsciente. Así, ¿esa dehiscencia radical lo tornaría definitivamente inaccesible?

Jacques-Alain Miller, en su texto “Biología lacaniana”, apuntó al corazón del problema al desplegar un análisis preciso de la articulación que Lacan introdujo entre los conceptos de goce y vida:

En este contexto, Lacan llegó a formular en 1972 lo que podría ser el concepto analítico de la vida, que parece definirla por el goce. Esta frase tomada de su seminario *Aún* ya circuló por todas partes: “No sabemos qué es ser vivo, salvo solamente que un cuerpo se goza”. Bien mirado, ¿es una definición de la vida? Es más bien lo contrario, puesto que mantiene ese velo, ese escondite sobre dicho concepto. No sabemos qué es la vida, solo sabemos, traduzcámoslo así, que sin ella no hay goce. [7]

Es decir, no se trata de una definición de la vida, sino más bien de situar la condición esencial, necesaria, del goce en el hablante-ser: que haya un cuerpo viviente. Sin ese cuerpo viviente nada habría de una experiencia de goce, opaco, por cierto, puesto que en eso consiste el inconsciente, que “el sujeto al hablar goza, y de eso no quiere saber nada”. Es en la clínica del sujeto obsesivo en donde, quizás, se torna más patente esta función de la muerte como defensa imaginaria frente al goce no-sabido del inconsciente.

Finalmente, Miller recortó algunas precisiones de Lacan que permiten ubicar topológicamente, en la estructura de los nudos borromeos, el lugar que se le podría asignar a la vida:

Lacan califica el lugar de la vida como lo imaginario y lo real: “Mi imaginario y mi real, por lo que se distinguen dos lugares de la vida que la ciencia en esta época separa estrictamente”. [...] Pienso que se apoya en la distinción germen/soma, donde lo imaginario está ligado al cuerpo individual, mientras que el germen, y más aún, el genoma es el lugar de la vida. Pero es lo real de la vida, y creo que aquí son aplicables estas dos categorías de Lacan. [8]

Por supuesto, este enigmático retorno a la referencia freudiana de “Más allá del principio de placer”, el par germen-soma, no deja de plantearnos interesantes preguntas: ¿qué experiencia de anudamiento implicaría un análisis, un trayecto de la palabra, pero también del cuerpo, respecto a esos dos registros, real e imaginario, en donde algo de la vida se hace presente?

Algunos testimonios de pase nos han enseñado al respecto.

#### NOTAS

1. Lacan, J., "Cierre de las Jornadas de Estudio de Carteles de la Escuela Freudiana", Revista *Lacanianana de Psicoanálisis*, n.º 17, Grama, Bs. As., 2014, p. 15.
2. Freud, S., (1913) "El interés por el psicoanálisis", *Obras completas*, Vol. XIII, Amorrortu, Bs. As., 1987, p. 84.
3. Freud, S., (1920) "Más allá del principio del placer", *Obras completas*, Vol. XVIII, óp. cit.
4. Lacan, J., (1972) "Conferencia de Lovaina", *Revista Lacanianana de Psicoanálisis*, n.º 23, Grama, Bs. As., 2020, p. 13-14.
5. Lacan, J., clase 15, Seminario 21 "Los no incautos yerran", inédito.
6. Laplanche, J., *Vida y muerte en psicoanálisis*, Amorrortu, Bs. As., 1987, p. 38.
7. Miller, J.-A., *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*, Paidós, Bs. As., 2003, p. 301.
8. *Ibíd.*, p. 316.